

libro de pintoresco título<sup>2</sup>, sostiene que en el reino nazarita, como en el resto del Al-Andalus, hubo una continuidad poblacional, y los foráneos procedentes de Oriente y de África fueron una exigua minoría. Dicha teoría ha sido ya refutada por los medievalistas, e indirectamente también está contradicha por los factores antropológicos descritos por Caro Baroja. El perfecto conocimiento que el autor tiene de los sistemas familiares (linajes, clanes, tribus) de las poblaciones árabes y beréberes le permite esclarecer el panorama de la Andalucía islámica estableciendo paralelismos con la situación reinante en los países de origen de los invasores. La persistencia de sus rasgos peculiares a través de los siglos es impresionante. Invocando la autoridad de Simonet<sup>3</sup> evoca, por ejemplo, a los del valle del Andarax, en las Alpujarras orientales, «beduinos puros, propensos a la violencia, (que) oprimían a los pacíficos pobladores agrícolas de la tierra que señoreaban... También conservaban las costumbres beduinas los habitantes de Purचना» (página 43).

La violenta oposición de razas de una parte y la persistencia de la organización tribal de otra hicieron imposible la consolidación de un Estado islámico andalusí. El califato de Córdoba fue un episodio brillante pero fugaz. Al final, los califas tuvieron que recurrir a las milicias mercenarias reclutadas en el Magreb, responsables en último término de la anarquía final. Tan fuerte era la personalidad de los linajes de origen arábigo y tan tenaces sus odios y rivalidades que ni siquiera amenguaron en la pugna final, contribuyendo indirectamente a facilitar el triunfo de los Reyes Católicos.

A pesar de su pequeñez (30.000 km<sup>2</sup>, medio millón escaso de habitantes) el Estado nazarí no careció de aspectos brillantes; el siglo XIV, nefasto en toda España, e incluso en toda Europa, fue el siglo en que se levantaron los palacios de la Alhambra y, a pesar de haber perdido el contacto militar con África, los granadinos se defendieron con eficacia de los ataques castellanos, pasando en ciertas ocasiones a la ofensiva. Sin embargo, a la larga, esta situación paradójica tenía que invertirse en detrimento de los andalusíes; habían sido éstos la proa del Islam en sus momentos de máxima brillantez, cuando los europeos ansiosos de saber acudían a Vich, Ripoll, Huesca, Toledo en busca de obras desconocidas en Occidente. A partir del siglo XI la situación comenzó a cambiar en provecho de Europa y en detrimento del Islam: auge demográfico, progresos técnicos, mayor eficacia guerrera, unas universidades no desligadas de la Iglesia pero sí acogedoras de una ciencia profana, una separación marcada, incluso conflictiva, entre el poder religioso y el secular, fueron otros tantos avances que no tuvieron contrapartida en el mundo islámico. Ante el avance arrollador de los cristianos del norte, el Islam español quedó en postura defensiva y, lo que era más grave, no supo ver las raíces de la creciente superioridad cristiana.

<sup>2</sup> Ignacio Olague: *Les Arabes n'ont jamais envahi l'Espagne. Su tesis es muy peregrina: no hubo propiamente hablando conquista árabe, sino conversión espontánea al Islam de los españoles arrianos (Él supone que en el siglo VIII los arrianos, que nunca fueron en España más que una pequeña minoría extranjera, formaban el grueso de la población). Entre los historiadores, esta tesis, o más bien paradoja, nunca ha tenido ninguna credibilidad, pero sorprende comprobar que algunas personas cultas, aunque poco informadas de nuestro pasado, le otorgan beligerancia.*

<sup>3</sup> Descripción del reino de Granada. Granada, 1869.

Los europeos se trasladaron a las ciudades de Al-Andalus cuando éste ostentaba la supremacía en el saber; los andalusíes no procuraron impregnarse de la ciencia occidental cuando ésta se colocó en la vanguardia de la investigación. El polígrafo Ibn al Jatib fue la última figura señera de la cultura nazarí. Murió en África, como antes Averroes e Ibn Jaldún, descendiente de emigrados sevillanos. La semilla que estos desterrados ilustres esparcieron en el Magreb no arraigó. Ya Ibn Jaldún se quejaba del bajo nivel de sus programas de estudio. «Consistían simplemente en aprender de memoria el Corán, con su ortografía y las variantes del texto (mientras que) en la España musulmana la lectura del Libro revelado estaba precedida por el estudio de fragmentos poéticos y epistolares; además, los alumnos debían aprender los elementos de la Gramática árabe. Este excelente método les permitía abordar después estudios más avanzados»<sup>4</sup>.

Entre un mundo islámico que se rezagaba y un mundo cristiano (tan próximo y tan remoto) cuyos avances no se aprovechaban, aquel Al-Andalus residual quedó en patente inferioridad técnica, por ejemplo, en el uso de la artillería, que fue arma decisiva en la conquista cristiana. Y esta inferioridad se acrecentó cuando, en 1492, la flor de la intelectualidad granadina emigró para no quedar sometida a los infieles, para no tener que acogerse a la humillante *taquiya*<sup>5</sup>. El contraste con los judeoconvertos también es total en este aspecto; permaneció aquí gran parte, quizá la mayor parte de los profesionales y hombres de ciencia: receptivos a las novedades, asimilaron los saberes renacentistas con la misma facilidad que la vieja escolástica; no pocos fueron impresores y libreros; eludieron las barreras que levantaron algunas universidades y dieron a la cultura hispana hombres insignes en todas las ramas del ingenio, mientras que en el ámbito morisco con trabajo podríamos señalar tres o cuatro figuras no muy relevantes. Incluso la medicina, que había sido su vocación preferente, muy decaída ya en los últimos tiempos medievales, naufragó de modo definitivo en el siglo XVI; los últimos representantes de la medicina morisca fueron más bien simples sanadores o curanderos, y los manuscritos conservados de esa fase final son recetarios mezclados con fórmulas mágicas<sup>6</sup>.

No es fácil explicarse las causas de una divergencia tan acusada. Quizás el secreto reside en que la minoría judeoconversa era más permeable que la morisca, más rica, más ambiciosa y más *urbana*. Los judíos no fueron totalmente extraños al medio rural, pero es indudable que sus residencias preferidas eran las ciudades y los grandes burgos; los moriscos eran en mayor proporción rurales, campesinos, y si después de 1571 los granadinos expulsados tendieron a concentrarse en las ciudades fue para mantenerse unidos y esquivar la estrecha fiscalización de que eran objeto en los pequeños centros de la población. El resultado de esta evidente superioridad de

<sup>4</sup> Rachel Arié: Les échanges culturels entre le royaume nasride de Grenade et les pays musulmans de la Méditerranée, en «*Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*», n.º 6, página 189.

<sup>5</sup> Taquiya significa *disimulo*; era la licencia concedida a los musulmanes para acatar la imposición de un poder extraño manteniendo en el foro íntimo la creencia y, hasta donde fuera posible, la práctica de la religión verdadera. Pero algunos ulemas norteafricanos censuraron la actitud de los que, pudiendo emigrar, permanecieron en tierra cristiana.

<sup>6</sup> Sobre este punto sigue siendo esencial la obra de Luis García Ballester *Los moriscos y la medicina*. (Barcelona, 1984).

los judeoconversos en todos los aspectos: poder, riqueza, cultura, es que al hablar de conversos se piensa casi sólo en ellos, puesto que los conversos del Islam eran pocos, insinceros, pobres y abatidos. Hay cierto grado de exageración en este punto de vista, y Francisco Márquez Villanueva lo ha puesto de relieve en un artículo<sup>7</sup> en el que resalta que no pocos moriscos se quedaron o volvieron del exilio, que hay pruebas de la sincera cristiandad de algunos y que hay evidencias o fundados indicios de que algunos escritores (Miguel de Luna, Ginés Pérez de Hita) pertenecieron a dicha etnia.

Por las mismas razones los estatutos de nobleza y limpieza de sangre se redactaron pensando, sobre todo, en los descendientes de judíos. Las familias con antecedentes islámicos rara vez pretendían un hábito de órdenes militares o algún otro honor que exigiese la nobleza personal del pretendiente, y esto resulta tanto más extraño cuanto que solían encontrar menos resistencia, menos obstáculos que los procedentes del judaísmo. Considero interesante aportar algunos datos acerca de este aspecto poco conocido y, en cierto modo, paradójico: los judeoconversos, más integrados, mejor relacionados, con más relevancia personal y social, eran, sin embargo, más rechazados por la opinión pública. Nada hay en nuestra literatura referente a los judíos que se asemeje a la visión que los romances fronterizos, algunas novelas y piezas teatrales proporcionan sobre los moros granadinos. Esa *islamofilia literaria* que no dudaba en asociar conceptos favorables sobre el honor, el valor, el amor, la gallardía reconocidos a unos enemigos de la cristiandad, no tiene ningún paralelo, nada que se asemeje en relación con los judíos. Si en la Edad Media es posible hallar algunos juicios favorables, en la moderna sólo se les reconocía la de ser listos, *agudos*, pero sin contrapartidas de orden moral.

Con el tiempo, la obsesión antijudía fue creciendo hasta límites aberrantes; la más remota contaminación de sangre hebrea causaba horror, y no valían razonamientos, porque tal estado de opinión, puramente emotivo, desbordaba cualquier marco de racionalidad. Es verdad que muchas familias conocidas tenían antecedentes hebraicos, y no pocas sufrieron por ello pretericiones y desaires, pero mientras la confusión creada por los interesados mediante cambios de residencia, de apellidos, matrimonios con cristianas viejas, honores obtenidos de forma subrepticia y otras estratagemas mantenía las dudas su posición podía ser tolerable y hasta brillante. Lo que la opinión no personaba era la confesión franca, y menos el alarde de proceder de la raza maldita. Lo experimentaron bien a su costa los descendientes de aquel don Pablo de Santa María porque decían proceder de la misma tribu que la Santísima Virgen, pero conforme avanzaba el tiempo lo que empezó siendo honor se tornó en oprobio. Bien lo experimentó, en

<sup>7</sup> «La criptohistoria morisca (Los otros conversos)». Artículo en Cuadernos Hispanoamericanos (dic. 1982) recogido en el volumen El problema morisco (Desde otras laderas), Madrid, 1991.